

tad, se aprovechó del respiro que le daban para aniquilar casi en todas partes la insurrección de sus propios Estados, y ahora que ya había alcanzado el objeto de sus deseos, creyó le convenía tomar otro título. Los Omeyas de España se habían contentado hasta aquí con los del Sultan, emir ó hijo de los Califas. Creyendo que este nombre de Califa no pertenecía más que al monarca que tuviera en su poder las dos ciudades santas de la Meca y de Medina, (1) se lo habían dejado á los Abásidas, aunque los consideraran siempre como enemigos. Pero ahora que los Abásidas estaban bajo la tutela de sus mayordomos de palacio, los emires al-omera, y que su autoridad no se extendía mas que sobre Bagdad, y su territorio, habiéndose hecho independientes los gobernadores de las provincias, no había razon para que los Omeyas no tomaran un calificativo, que necesitaban para imponer respeto á sus súbditos, y sobre todo á las colonias africanas. Abderramen ordenó, pues, en el año 929 que desde el viernes 16 de Enero se le dieran en las oraciones y actos públicos, los títulos de Califa, de Príncipe

(1) Ibn-Khordadbeh, man. de Oxford, p. 90.

de los Creyentes, y defensor de la fé: (an-nacir lidini'llah.) (1)

Al mismo tiempo fijó toda su atencion en el África. Entabló una negociacion con Mohamed ibn-Khazar, jeque de la tribu bérbere de Maghalawa, que ya había puesto en fuga á las tropas de los Fatimitas, y muerto á su general Mezzala con su propia mano. Hecha la alianza, Mohamed ibn-Khazar, espulsó á los Fatimitas del Maghreb central (es decir en las actuales provincias de Argel y de Orán) é hizo reconocer en este pais la soberanía del monarca español. Este consiguió separar tambien del partido de los Fatimitas al valiente gefe de los Micnesa Ibn-abí-'l-Afia, que había sido su más sólido apoyo hasta entónces, y conociendo le era necesaria tener una fortaleza en la costa africana, se hizo ceder á Céuta. (931.)

Los cristianos del Norte parecían haberse propuesto dejar al Califa el tiempo necesario, para que pudiera consagrarse por entero á los negocios de África. Habiendo concluido la primera guerra civil, con la muerte de Sancho en 929, comenzaron otra

(1) Arib, t. II, p. 211, 212; Ibn-Adhari, t. II, p. 162.

en 931. En este año, Alfonso IV, afligido por la muerte de su esposa (1), abdicó la corona en su hermano Ramiro II, y tomó el hábito en el monasterio de Sahagun, pero poco despues conociendo que, no habia sido hecho, para la monotonía de la vida monástica, abandonó el claustro y se hizo proclamar rey en Simancas. Esto era á los ojos de los sacerdotes un escándalo inaudito; así que le amenazaron con los tormentos del infierno si no volvía á tomar el hábito monástico. Hízolo al fin, pero de carácter débil y tornadizo, se arrepintió de nuevo y ahorcó los hábitos por segunda vez. Aprovechándose de la ausencia de Ramiro II, que habia ido á socorrer á Toledo, (2) embestida entónces por las tropas del Califa, se presentó frente á Leon y se apoderó de la ciudad. Vuelve Ramiro á toda prisa, asalta á Leon á su vez y se apodera de ella; y queriendo poner á su hermano en estado de que en adelante no pudiera disputarle la corona, le hizo sacar los ojos, así como á sus tres primos hermanos, los hijos de

(1) Véase «Esp. Sagr.,» t. XXXIV, p. 241.

(2) Compárese con Arib, t. II, p. 220.

Fruela II, que habían tomado parte en esta rebelion (932.) (1)

Todo cambió entónces de aspecto para Abderramen. Ya habia pasado el tiempo en que no tenía que preocuparse del reino de Leon. Tan belicoso como valiente, Ramiro profesaba á los Musulmanes un ódio feróz é implacable. Su primer cuidado fué socorrer á Toledo, ativa república, única en la España musulmana que desafiaba aun las armas del Califa y que había sido hasta entónces fiel aliada y escudo del reino de Leon. Salió pues, á campaña y como Madrid se hallaba de camino, atacó á esta ciudad y la tomó. (2) Sin embargo, no consiguió salvar á Toledo. Habiendo salido á su encuentro una parte del ejército que sitiaba esta ciudad, se vió obligado á volver piés atrás, dejando abandonada á Toledo á su suerte. (3) Perdida así su última esperanza, la ciudad, como ya hemos visto, en el libro precedente, no tardó en rendirse. Más feliz fué Ramiro en el siguiente año (933.) Informado por el conde de Castilla, Fernan Gonzalez de que el ejército musulman ame-

(1) Véanse mis «Recherches,» t. IX, p. 164-166.

(2) Sampiro, c. 22.

(3) Arib, t. II, p. 222.

nazaba á Osma, salió al encuentro del enemigo y lo derrotó. (1) Abderramen tomó la revancha en 934. Hubiera querido que los llanos de Osma, que antes fueron testigos de su derrota, lo fueran ahora de su victoria, pero en vano trató de hacer salir á Rámirò de la fortaleza; el rey de Leon no juzgó prudente aceptar la batalla que los Musulmanes le ofrecían. Habiendo dejado entónces, un cuerpo delante de Osma, continuó Abderramen su marcha hácia el Norte. Por el camino cometieron algunas crueldades, sobre todo los regimientos africanos, que en país enemigo nada respetaban. Cerca de Búrgos degollaron á todos los monjes de San Pedro de Cardaña en número de doscientos. (2) Burgos, la capital de Castilla fué destruida y gran número de fortalezas tuvieron la misma suerte. (3)

Sin embargo, algun tiempo despues, tomaron los asuntos del Norte un aspecto amenazador. Formóse una liga formidable contra el Califa, de la que fué el mas ardiente promovedor, el gobernador de Zaragoza Mohamed ibn-Hachim el Todjibita.

(1) Sampiro, c. 22.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 166-170.

(3) Ibn-Khaldun, fól. 15 r.

Los Beni-Hachim que habitaban en Aragón desde el tiempo de la conquista, habían hecho útiles servicios al sultan Mohamed, cuando los Beni-Casi eran todavía omnipotentes en la provincia y hacía cuarenta años que la dignidad de gobernador ó vírey de la frontera superior era hereditaria en su familia. Era casi la única á quien Abderramen, que había quitado toda la influencia á la nobleza árabe, dejó su lustre y alta posición.

Sin embargo, Mohamed-ibn-Hachim no estaba satisfecho del Califa, y sea que tuviera empeño de vengar las injurias de su casta, sea que no viera en la benevolencia de Abderramen para con él, mas que un cálculo dictado por el miedo, sea en fin que soñaba un trono para él y sus hijos, se puso á negociar con el rey de Leon, y le prometió reconocerlo por señor, si le ayudaba contra el Califa. Ramiro dió oídos á sus proposiciones y durante la campaña de 934, Mohamed se declaró en abierta rebelion, rehusando unirse al ejército musulman. Tres años mas tarde reconoció el señorío de Ramiro. Algunos generales rehusaron seguirle en la vía de la traicion y rompieron con él; pero Ramiro llegó entónces con tropas,

sitió y tomó las fortalezas que aun se mantenían por el Califa y las entregó á Mohamed. Hecho esto, Ramiro y Mohamed hicieron alianza con Navarra donde reinaba entónces García, bajo la tutela de su madre Tota, viuda de Sancho el Grande.

Así todo el Norte estaba aliado contra el Califa. El peligro que ántes parecía conjurado, renació; pero el Califa le hizo frente con su energía habitual.

Habiéndose puesto á la cabeza del ejército en el año 937, marchó contra Calatayud, donde gobernaba Motarrif, pariente de Mohamed, y cuya guarnicion se componía en parte de cristianos de Álava, enviados por Ramiro. Motarrif fué muerto en la primera escaramuza. Sucedióle su hermano Haquem, pero habiéndose visto obligado á evacuar la ciudad y á refugiarse en la ciudadela, abrió tratos y, estipulando una amnistía para él y para sus soldados musulmanes, la entregó al Califa. Los alaveses que no estaban comprendidos en la capitulacion fueron pasados á cuchillo. (1)

Despues de este primer triunfo, Abder-

(1) Véanse las citas en mis «Recherches, t. I, p. 232, 233.

ramén se apoderó de unos treinta castillos y volvió sus armas, ya contra Navarra, ya contra Zaragoza. Hizo sitiar esta ciudad por un príncipe de la sangre, el general en jefe de la caballería Ahmed ibn-Ishac, á quien acababa de conferir el título de gobernador de la frontera superior, pero no tardó en darle este general graves motivos de queja.

Aunque hubieran llevado en Sevilla una vida pobre y oscura, hubieran contraído alianzas desiguales y no hubiera entre ellos más que un lejano parentesco, no se había avergonzado Abderramen de reconocer á los Beni-Ishac como miembros de su familia, colmándolos de favores. Sin embargo, no estaban todavía contentos con su posición. Su ambición no tenía límites; Ahmed, jefe entónces de la familia, pretendía nada menos que ser nombrado heredero presunto de la corona y mientras que conducía el sitio de Zaragoza, con una cobardía y una lentitud que indignaban é irritaban al Califa, tuvo la audacia de escribirle presentándole esta petición. De tal modo incomodó al Califa esta insolencia, que le respondió colérico en estos términos:

«No queriendo mas que darte gusto, te

hemos tratado hasta aquí con estrema benevolencia, pero acabamos de convencernos de que es imposible cambiar tu carácter. Lo que te conviene es la pobreza, porque no habiendo conocido ántes la riqueza, te has llenado de un orgullo insoportable. ¿No era tu padre uno de los últimos caballeros de Ibn-Haddjadj y has olvidado ya que tú mismo no eras en Sevilla mas que un tratante en asnos? Nosotros hemos tomado bajo nuestra proteccion á tu familia desde que la imploró, la hemos socorrido, la hemos hecho rica y poderosa, conferimos á tu difunto padre la dignidad de visir, (1) y á tí mismo la de general de nuestra caballería y gobernador de la mayor de nuestras provincias fronterizas. Y tú has despreciado nuestras órdenes, y no has tomado á pecho nuestros intereses y para colmar la medida, pides ahora que te nombremos nuestro heredero, ¿qué méritos, ni qué títulos de nobleza tienes, cuando á tí y á tu familia se pueden aplicar estos conocidos versos?

Vosotros sois hombres salidos de la nada, y el lino no puede compararse con la seda. Si sois Coreixitas como decís, tomad vues-

(1) En 915 ó en el año siguiente. Arib, t. II, p. 175,

tras mugeres en esta ilustre tribu, pero si no sois más que Coptos, vuestras pretensiones son ridículas.

«Tu madre no era la hechicera Hamduna? ¿Tu padre no era un soldado raso, raso? ¿Tu abuelo no era portero en casa de Hanthara ibn-Abbas? ¿No hacía sogas y manteca en el pórtico de su señor?... ¡Mal-ditos sean, tú y todos los que me han engañado aconsejándome que te tomara á mi servicio! ¡Infame, leproso, hijo de un perro y de una perra, ven á humillarte á nuestros piés!»

Habiendo sido depuesto de la manera más infamante, Ahmed, secundado por su hermano Omeya se puso á conspirar. El Califa descubrió sus intrigas, y lo desterró. Entónces Omeya se apoderó de Santarén, donde levantó el estandarte de la rebelion, y se puso en relaciones con el rey de Leon, al que hizo importantes servicios, indicándole, los lugares por donde el imperio musulman podía ser mas fácilmente atacado; mas habiendo salido un dia de la ciudad, uno de sus oficiales restableció allí la autoridad del soberano. Omeya se fué entónces con Ramiro. Su hermano continuó intrigan-

do y conspirando con infatigable ardor, había formado el proyecto de entregar España á los Fatimitas y se había puesto en relaciones con su córte. Abderramen lo descubrió, lo mandó prender como Siita y ejecutar. (1)

Entretanto, el Califa triunfaba en el Norte. Mohámed, sitiado en Zaragoza, capituló y como era, despues del monarca, el hombre mas poderoso y considerado del Estado, Abderramen juzgó prudente perdonarlo y dejarlo en su puesto. Por su parte, la reina Tota, despues de haber sufrido revés sobre revés, fué á pedir gracia al Califa y le reconoció como Señor de Navarra, (2) de suerte que escepto el reino de Leon y una parte de Cataluña, toda España se había humillado delante de Abderramen.

(1) Ibn-Khaldun, fól. 13 r.; «Akhbar madj-mua,» fól. 114 r. y v.; Masudi, en mis «Recherches,» t. I, p. 182.

(2) Ibn-Khaldun, en mis «Recherches,» t. I, apéndice n. XI y man. fól, 15 r. l. 15 y 16.

III.

Los veintisiete primeros años del reinado de Abderramen III, no habían sido más que una serie continua de triunfos, pero la fortuna es caprichosa y ya había llegado el tiempo de los reveses.

Un importante cambio se había verificado en el reino. La nobleza que antes lo era todo, ya no era nada; el poder real la había anonadado. Abderramen la detestaba; no comprendía que un monarca pudiera dejar una cierta influencia y cierto poder á los grandes. «Convengo de buena gana, dijo un día al embajador que Oton I le había enviado, en que vuestro rey es un príncipe prudente y hábil, pero hay en su política una cosa que no me agrada; en lugar de concentrar

en sus manos toda la autoridad, deja una parte á sus vasallos. Hasta les abandona sus provincias, creyendo así hacerlos adictos. Es una gran falta. La condescendencia con los grandes no conduce más que á alimentar su orgullo y sus inclinaciones á la rebeldía.» (1)

No cayó el Califa seguramente en la falta que censuraba al rey de Alemania, pero cayó en otra no ménos grave: no cuidó bastante de la susceptibilidad de los grandes. Gobernando por sí mismo, (desde 632 no tuvo mas hadjib ó primer ministro) (2) dió casi todos los empleos á hombres de baja estraccion, á libertos, á extranjeros, á esclavos, en fin, á hombres que dependían enteramente de él, y que eran instrumentos dóciles y flexibles en sus manos. Éstos, á quienes se daba el nombre de esclavos, gozaban enteramente de su confianza, y en su reinado comienza la influencia de este cuerpo, destinado á representar un papel importante en la España árabe, y acerca del que debemos dar aquí algunos detalles.

Al principio, el nombre de esclavos se apli-

(1) Vita «Johannis Gorziensis, c. 136.

(2) Ibn-al-Abbar, p. 124, l. 8 y 9.

caba á los prisioneros que los pueblos germánicos hacian en sus guerras, contra las naciones así llamadas, y que vendian á los sarracenos españoles; (1) pero con el trascurso del tiempo, cuando se comenzaron á comprender bajo el nombre de esclavos una multitud de pueblos que pertenecian á otras razas, (2) se dió este nombre á todos los extranjeros que servian en el haren ó en el ejército, cualquiera que fuese su origen. Segun el preciso testimonio de un viajero árabe del siglo X, los esclavos que tenía á su servicio el Califa español, eran gallegos, francos, (franceses y alemanes), lombardos, calabreses y procedentes de la costa septentrional del Mar Negro. (3) Algunos habian sido hecho prisioneros por los piratas andaluces, otros habian sido comprados en los pueblos de Italia, porque los judíos, especulando con la miseria de los pueblos, compraban niños de uno y otro sexo y los llevaban á los puertos de mar, donde naves

(1) Maccari, t. I, p. 92.

(2) Véase Ibn-Haucal, man. de Leiden, p. 39. Los cronistas cordobeses dan á Oton I. el título de «rey de los esclavos;» véase Ibn-Adhari. t. II, p. 234. Maccari, t. I, p. 235. *

(3) Ibn-Haucal p. 39.

griegas y venecianas iban á buscarlos, para llevárselos á los sarracenos. Otros, esto es, los eunucos destinados al servicio del harén, llegaban de Francia, donde había grandes manufacturas de eunucos, dirigidas por judíos. Era muy famosa la de Verdun (1) y había otras en el Mediodía, (2)

Como la mayor parte de estos cautivos eran todavía pequeños cuando llegaban á España, adoptaban fácilmente la religion, la lengua y las costumbres de sus señores. Muchos de ellos recibían una educación esmerada, de suerte, que mas adelante gustaban de reunir bibliotecas y componer versos. Tan numerosos eran estos esclavos literatos que uno de ellos, un tal Habib, pudo consagrar un libro entero á sus poesías y á sus aventuras. (3)

Siempre habían sido numerosos los esclavos en la corte y en el ejército de los emires de Córdoba, pero nunca lo fueron tanto como en tiempo de Abderramen III. Su número se elevaba entónces á 3750, segun

(1) Luipandro «Antapodosis,» L. VI, c. 6.

(2) Ibn-Haucal, p. 39; Macari, t. I, p. 92. Compárese con Reinand, «Invasions des Sarrasins en France,» p. 233 y sig.

(3) Maccari, t. II, p. 57.

unos, á 6087 segun otros, y hay quien lo hace subir á 13750. (1) Acaso se refieren estas cifras á épocas distintas del reinado de Abderramen, pues se sabe que este Príncipe aumentaba sin cesar el número de sus esclavos. Esclavos ellos, tenían sin embargo otros esclavos á su servicio, y poseían tierras muy estensas. Abderramen, los investió con las mas importantes funciones militares y civiles, y, en su ódio hácia la aristocracia, obligó á las gentes de alta alcurnia, que contaban entre sus ascendientes los héroes del desierto, á humillarse ante estos advenedizos á quienes despreciaban soberanamente.

Estaban, pues, los nobles muy descontentos del Califa, cuando este concibió el proyecto de hacer contra el rey de Leon una expedicion mucho mas importante que las anteriores. Hizo para este fin inmensos gastos, llamó á sus banderas cien mil hombres, y como estaba seguro de obtener una victoria famosa y decisiva, dió de antemano á la expedicion el nombre de «campaña del poder supremo.» Desgraciadamente para él, nombró á Nadjda, un eslavo, general en

(1) Maccari, t. I, p. 372, 373.

gefe del ejército. Esta elección puso el colmo á la irritación de los oficiales árabes, que juraron en su ira, que el Califa había de espíar con una vergonzosa derrota su menosprecio de la antigua nobleza.

En el año 939 salió á campaña el ejército tomando el camino de Simancas. Ramiro II, y Tota, la regente de Navarra, su aliada vinieron á su encuentro, y el 5 de Agosto, se empeñó el combate. Los oficiales árabes se dejaron vencer y se retiraron, pero aconteció lo que probablemente no habían previsto. Los Leoneses persiguieron á los Musulmanes. Llegados estos cerca de la ciudad de Alhandega, en las orillas del Tórmes, al Sud de Salamanca, se rehicieron é hicieron frente al enemigo, pero fueron completamente derrotados, y el mismo Califa, á duras penas, pudo escapar de la espada de los cristianos. Desde Alhandega ya no fueron en retirada, sino en derrota. Sin orden, sin disciplina, se abandonaban las filas, se gritaba «¡sálvese quien pueda!» Peones y caballeros iban mezclados; soldados y oficiales sembraban el camino; regimientos enteros desaparecían.

La completa y brillante victoria obtenida por Ramiro tuvo éco en todas partes. Se ha-

bló de ella en el interior de Alemania y en los países mas apartados del Oriente, pero con muy diferentes sentimientos. Aquí, se regocijaban; allí, se afligian; unos veian en ella prenda segura del triunfo de su fé; otros una cáusa de sérios temores.

El mismo Califa estaba muy abatido. Su general Nadjda había sido muerto; (1) el virrey de Zaragoza, que había sido hecho prisionero en la primera batalla, la de Simancas, gemía en un calabozo de Leon; (2) su ejército había sido aniquilado, y en fin, él mismo no había escapado sino por milagro, á la cautividad ó á la muerte, y durante su fuga no tenía á su alrededor más que cuarenta y nueve hombres. Todo esto hizo tal impresion en su ánimo, que no volvió á acompañar más á su ejército en campaña. (3)

Felizmente para el Califa, una guerra civil que estalló entre los cristianos, impidió á

(1) Por lo menos en adelante no vuelve á hablarse de él.

(2) El Califa hizo todo lo que pudo para rescatarlo, pero Mohamed no recobró la libertad hasta al cabo de dos años.

(3) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 171-186.

Ramiro aprovecharse de la ventaja conseguida.

Castilla aspiraba á separarse del reino de Leon. Ya en el reinado de Ordoño II, padre de Ramiro, se puso en abierta rebeldía. El rey dijo entónces, que para terminar amigablemente las diferencias, celebraría una junta (1) en Tejiara ó Tellara en las orillas del Carrion, rio que separaba á Leon de Castilla, é invitó á que asistieran á los cuatro condes. Fueron, pero el rey los hizo prender y decapitar. Los Leoneses, aunque confesando, que era algo irregular esta manera de administrar justicia, admiraban la prudencia del rey, (2) pero los Castellanos pensaban de otro modo. Privados de sus gefes, quedaron por el momento reducidos á la impotencia, pero deseaban con toda su alma tener á su cabeza un hombre que los vengara de los pérfidos leoneses.

Esta hora tan impacientemente esperada,

(1) En Sampiro, (c. 19) debe leerse «placitum» en lugar de «Palatium,» como se encuentra en la edicion de Florez. La verdadera leccion se encuentra en el man. de Leiden, (en Vossio n.º 91) Lucas de Tuy, (p. 92) emplea la palabra «juncta» (hoy «junta» en español) que es casi equivalente á «placitum,» cf. «Esp. Sag.» t. XIX, p. 383, med.

(2) Véase Sampiro, c. 19.

iba á sonar. Castilla iba á encontrar un vengador en el conde Fernan Gonzalez, que ha llegado á ser uno de los héroes favoritos de los poetas de la Edad Media y cuyo nombre pronuncian todavía hoy los Castellanos con profundo respeto.

Mientras que los terribles ejércitos de Abderramen II, quemaban sus monasterios, sus fortalezas y hasta su capital, Fernando, el «excelente conde» como lo apellidaban, (1) no había podido pensar en libertar á su pátria, pero ahora que ya no había nada que temer por parte de los Árabes, creyó llegado el momento de cumplir una empresa que consideraba como suya. Declaró la guerra al rey. (2) De ella se aprovechó el Califa para reorganizar su ejército y en el mes de Noviembre del año 949, estuvo ya en estado de hacer asolar las fronteras de Leon por el gobernador de Badajoz, (3) Ahmed ibn-Yila. (4)

Hacia la misma época, la fortuna parecía

(1) «Egregius comes.» Véase Berganza, t. I. p. 215.

(2) Sampiro, c. 23.

(3) Véase Ibn-al-Abbar, p. 140.

(4) Ibn-Adhari, t. II, p. 226.

querer indemnizarle en África del desastre de España.

Hasta allí, Abderramen había logrado sin duda felices sucesos en África, pero la medalla también había tenido su reverso. De tiempo en tiempo, sus vasallos se habían dejado batir, las tentativas que habían hecho para unificar sus operaciones, no habían sido siempre venturosas; en fin, algunas veces no había logrado siquiera impedir que pelearan entre sí, pero por lo ménos había conseguido entretener á los Fatimitas en África impidiéndoles desembarcar en las costas españolas y esto era en último término todo lo que deseaba, pero ahora se hallaba á punto de obtener mucho más.

Un enemigo más temible que todos sus adversarios juntos, había levantado contra los Fatimitas, el estandarte de la rebelion Era Abu-Yezid, de la tribu berberisca de Iforen. Hijo de un mercader había tratado mucho en su juventud, á Doctores de la secta de los no-conformistas, que contaba en Africa número inmenso de partidarios. Mas adelante, habiéndolo reducido la muerte su padre á la miseria, había ganado su vida enseñando á leer á los niños. De maestro de escuela pasó á misionero á ejem-

plo del fundador del imperio de los Fatimitas, sublevó á los berberiscos en nombre de la verdadera religion y de la libertad, y les prometió un gobierno republicano en cuanto se apoderáran de la capital, Cairawan. Sus triunfos fueron tan portentosos, como lo habían sido los de sus enemigos, algunos años antes. Los ejércitos de los Fatimitas se derretian, como la nieve en la Primavera, ante este hombre pequeño, feo, vestido de sayal y montado en un asno pardo. Los Sunnitas, grandemente lastimados con las blasfemias y la intolerancia de los Fatimitas, corrian en masa á sus banderas, hasta sus fauques y sus eremitas, tomaban las armas, para hacer triunfar al jefe de los no-conformistas. Este parecía haberse empeñado en justificar las esperanzas que se tenian de su tolerancia. Cuando el año 944 hizo su entrada en la capital, pidió al cielo bendiciones sobre los dos primeros Califas que los Fatimitas, habian hecho maldecir, é invitó á los habitantes de la ciudad á conformarse con el rito de Malíc que los Fatimitas habian proscrito. Los Sunnitas respiraban al fin. Podian hacer de nuevo procesiones con estandartes y tambores, gustó de que habían estado privados

muchos años, y Abu-Yezid, que en estas solemnes ocasiones los dirigía por sí mismo, les dió todavía una prueba más de su tolerancia: hizo alianza con el Califa español, y, habiéndole enviado una embajada, lo reconoció, si nó como jefe temporal, á lo ménos como jefe espiritual de los vastos dominios que había conquistado. (1)

Los Fatimitas parecían perdidos. Mientras que su Califa Cayim, hijo y sucesor de Obaidallah se hallaba estrechamente bloqueado en Mahdia, por el formidable Abu-Yezid, el Califa español le quitaba por medio de sus vasallos africanos, casi todo el N. O. y le suscitaba enemigos donde quiera. Concluyó una alianza con el rey de Italia, Hugo de Provenza que tenía que vengar el desastre de Génova, ciudad que había saqueado un almirante fatimita, y otra con el emperador de Constantinopla, que ardía en deseos de quitar la Sicilia á Cayim. (2)

(1) Muchos cronistas han dado noticias, seguramente falsas, sobre la primera estancia de Abu-Yezid en Cairawan. Ya he seguido á Ibn-Sadun, («apud.» Ibn Adhari, t. I, p. 224-226), autor, casi contemporáneo y cuyo relato circunstanciado lleva un sello de verosimilitud, que los otros no tienen.

(2) Cf. Kairauani, «Histoire de l'Afrique,» página 104, trad. Pellisier y Remusat.

En un cerrar de ojos todo cambió de aspecto. Embriagado con sus triunfos Abu-Yezid tuvo una ráfaga de orgullo: no contento con la realidad del poder y olvidando los medios á que lo debía, quiso también sus apariencias, y su vana pompa: cambió su capa de sayal por un vestido de seda, y su asno gris por un soberbio caballo. Esta imprudencia lo perdió. Heridos en sus convicciones ecualitarias y republicanas, le abandonaron la mayor parte de sus partidario, unos para volverse á su casa, otros, para pasarse al enemigo. Enseñado por la experiencia, renunció Abu-Yezid á los hábitos de lujo que había contraído, y volvió á tomar con el vestido de sayal la vida simple y ruda de ántes. Pero era muy tarde, el prestigio que lo rodeaba otras veces había desaparecido. Acaso hubiera podido contar todavía con los Sunnitas, si en un momento de feróz fanatismo, no los hubiera desengañado acerca de su finjida tolerancia. La víspera de un combate había ordenado á sus guerreros que abandonáran á los soldados de Caraiwan, sus hermanos de armas, al furor de los soldados fatimitas. Esta orden pérfida, fué demasiado bien obedecida. Desde entónces los Sumitas le cobraron horror, ti-

rano por tirano, y heresiarca por heresiarca, preferían al Califa fatimita, tanto más, cuanto Almanzor, que acababa de suceder á su padre, era algo mejor que sus predecesores. Obligado á levantar el sitio de Mahdia, llegó Abu-Yezid á Cairawán, donde no sin trabajo escapó á un complot que los habitantes habían urdido contra él. Perseguido mucho tiempo por los soldados fatimitas, cayó al fin en sus manos, acribillado de heridas, lo metieron en una caja de hierro, y cuando murió (947), llenaron su pellejo de paja, y lo pasearon por las calles de Cairawán y lo colgaron en las murallas de Mahdia, donde permaneció hasta que los vientos dispersaron sus pedazos. (1)

La ruina de los no-conformitas fué para Abderramen III un descalabro casi tan grave, como lo habían sido las derrotas de Simancas y Alhandega. En el Oeste, los Fatimitas reconquistaron, rápidamente el terreno que habían perdido, y obligaron á los vasallos de Abderramen á pedir asilo á la corte de Córdoba.

En el Norte, por el contrario, todo iba á

(1) Véanse sobre Abu-Yezid, Ibn-Adhari, Ibn-Khaldun, Kairauani, Abulfeda etc.

medida de los deseos de Abderramen, lo que equivale á decir que el pais era continúa presa de una violenta discordia. La guerra, como hemos visto, había estallado entre Ramiro II y Fernan Gonzalez. La fortuna favoreció al primero. Habiendo sorprendido á su enemigo, lo encerró en un calabozo de Leon y (1) dió el Condado de Castilla primero al leonés Azur Fernandez, conde de Monzon; (2) en seguida, á su propio hijo Sancho, (3) habiéndose apropiado él mismo los bienes alodiales de Fernando. Verdad es, que no los guardó todos para sí, sino que queriendo hacerse popular, donó algunos á los caballeros y eclesiásticos mas influyentes de la provincia. (4) Sin embargo, no consiguió su objeto. Aunque se aprovecharon de las liberalidades del rey, los Castellanos permanecieron adictos en cuerpo y alma á su antiguo conde. El que el rey les había dado no era á sus ojos mas que un

(1) Sampiro, c. 23.

(2) Véase la carta publicada por Berganza, t. II, Escr. 32 y Riço «Historia de Leon,» t. I, p. 211.

(3) Véanse las cartas publicadas por Berganza, t. II.

(4) Dió, por ejemplo, el jardin del conde al monasterio de Cardeña. Véase la carta de 23 de Agosto de 944, en Berganza, t. II, Escr. 34.

intruso. En las escrituras de venta, de donacion, etc., donde se ponía despues de la fecha el nombre del rey y el del conde, nombraban algunas veces al que el rey les había impuesto, pero solo cuando no tenían otro remedio, es decir, cuando la autoridad los vigilaba; por lo comun citaban á Fernan Gonzalez. (1) Todavía mostraron de otro modo el amor que le profesaban. Habiendo hecho una estatua á su imágen, prestaron homenaje á este pedazo de piedra. (2) Luego, cuando comenzaron á impacientarse por la larga cautividad (3) de Fernando, tomaron una atrevida resolucion, pero conviene aquí dejar hablar á un bello y antiguo romance: (a)

Juramento llevan hecho,
Todos juntos á una voz,
De no volver á Castilla
Sin el Conde, su señor.

(1) Véanse las cartas publicadas por Berganza.

(2) «Crónica rimada,» p. 2 (en los «Wiener Jahrbücher,» Anzeige.-Blatt del tomo CXVI.)

T. II página 551 y sig. del «Romancero General» de D. Agustín Duran, t. XVI, de la Bibliot. de Aut. Españoles, de Rivadeneira. (Á. del Tr.)

(3) Cf. Sampiro, c. 23.

(a) Ponemos el texto completo del romance en vez de la traduccion del autor.

La imágen suya de piedra
Llevan en un carretón,
Resueltos, si atrás no vuelve,
De no volver ellos, non,
Y el que paso atrás volviere
Que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos,
En señal que se juró.
Acabado el homenaje,
Pusiéronle su pendon,
Y besáronle la mano
Desde el chico hasta el mayor.
Y como buenos vasallos
Caminan para Arlanzon
Al paso que andan los bueyes
Y á las vueltas que dá el sol.
Desierta dejan á Búrgos,
Y pueblos al rededor,
Solas quedan las mujeres
Y aquellos que niños son:
Tratando van del concierto
Del caballo y del azor,
Si ha de hacer libre á Castilla
Del feudo que dá á Leon;
Y ántes de entrar en Navarra,
Toparon junto al mojon

Al conde Fernan Gonzalez,
En cuya demanda son,
Con su esposa Doña Saucha,
Que con astucia y valor
Le sacó del Castroviejo
Con el engaño que usó.
Con sus hierros y prisiones
Venían juntos los dos
En la mula que tomaron
A aquel preste cazador.
Al estruendo de las armas
El conde se alborotó;
Mas conociendo á los suyos
D'esta manera habló:
—¿Dó venís, mis castellanos?
Digádesmelo, por Dios:
¿Cómo dejais mis castillos
A peligro de Almanzor?—
Allí habló Nuño Lainez:
—Ibamos, señor, por vos,
A quedar presos ó muertos,
O sacaros de prision. (b)

(b) Apesar de lo bello de este romance, que con tanto gusto transcribimos, nos parece sin embargo mal elegido para lo que el autor pretende, pues se refiere á la tradicion que hace que, el conde Fer-

Intimidado por la aproximación de los castellanos, el rey cedió al fin, y devolvió la libertad á Fernando, pero nó sin haberle impuesto condiciones muy duras y humillantes. Fernan Gonzalez fué obligado á jurarle fidelidad y obediencia, debía renunciar á todos sus bienes y dar en matrimonio á su hija Doña Urraca á Ordoño, primogé-

nan Gonzalez sea preso por el rey de Navarra. Dentro del mismo Romancero hubiera podido encontrar otros mas adecuados á su objeto: tales son el 705 que comienza:

«El rey Don Sancho Ordoñez,
Que en León tiene el reinado.»

y el 706,

«Preso está Fernan Gonzalez
El buen conde castellano....»

La tradición de la prisión por el rey de Navarra es sin embargo antiquísima, como puede verse en estas palabras de la «Crónica Rimada»: «E este rey don Sancho Ordoñez fiso vistas con el conde Fernand Gonzalez en un lugar que dicen Viñares. E yendo el conde seguro prissol el rey en engaño e llevólo preso, sacólo doña Costanza, hermana del rey don Sancho Ordoñez. E yasiendo el conde en los fierros tomólo la infanta á sus cuestras e dió con él en un monte. E encontraron a un arcipreste de ay de Tudela de Navarra. E dixo que si la infanta non le fisiese amor de su cuerpo, que los descubriera. E la infanta fué abrazarlo. E teniéndole la infanta abrazado llegó el conde con sus fierros e matólo con el su cuchillo mismo del arcipreste. E tendiendo la infanta los ojos vió venir grandes poderes. E dixo

nito del rey. (1) Á este precio quedó libre, pero era natural que no quisiera prestar en adelante el apoyo de su brazo á un rey que le había hecho firmar tratado semejante. Los Castellanos que no habían conseguido hacer reintegrar en la posesion del conda- do, al que continuaban mirando como su señor, no se encontraban mejor dispuestos. Había, pues, perdido Ramiro II el apoyo de su más valiente capitan y la cooperacion de sus súbditos mas bravos. De ahí su impo- tencia. Dejó hacer á los Musulmanes una

al conde:» Muertos somos ¡mal pecado! ca haevo aquí los poderes del rey don Sancho mi hermano. «E el conde tendió los ojos, e fué los poderes divis- sando, é conoció los poderes, e fué muy ledo e muy pagado, e dixo a la infanta:» Esta es Castilla que me suele bessar la mano. «E la infanta paró las cuestas. E cavalgó muy privado en la mula del arcipreste, el conde. E de pie yva la infanta. E salió del monte privado; e quando le vieron los cas- tellanos, todos se maravillaron. Mas nol besaron la mano, nin señor non llamaron; ca avian fecho ome- nage a una piedra que traxieron en' el carro, que trayan por señor fasta que fallaron al conde. E tor- naron la piedra a semblanca del monte de Oca, al lugar donde la sacaron.

E todos al conde por señor le besaron la mano, Este conde Fernad Gonzalez, despues que en Casti- lla fué alzado,

Mató al rey don Sancho Ordoñez de Navarra, e el fuera en degollarlo con su mano.

(1) Sampiro, c. 23.

razla en 944 y otras dos en 947, (1) y no les impidió reedificar y fortificar la ciudad de Medinaceli, que fué desde entónces el antemural del imperio árabe contra Castilla. (2) El vencedor de Simancas y Alhandega, se mantenía á lo sumo á la defensiva. Solo en el año 550 invadió de nuevo el territorio musulman y obtuvo una victoria cerca de Talavera, (3) pero este fué su último triunfo, pues ya había dejado de existir en el mes de Enero del año siguiente. (4)

Despues de su muerte estalló una guerra de sucesion. Casado dos veces, Ramiro había tenido de su primera mujer, que era gallega, un hijo llamado Ordoño, y de la segunda, Urraca, hermana del rey de Navarra, otro llamado Sancho. (5) En su calidad de primogénito, Ordoño pretendía naturalmente el trono; pero Sancho, que contaba, con razon, con el apoyo de los Navarros, lo pretendía tambien, y trató de atraer á su partido á Fernan Gonzalez y á los Castellanos. En aquellas circunstancias la elec-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 226, 227, 230.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 229, 230.

(3) Sampiro, c. 24.

(4) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 186-189.

(5) Manuscrito de Meyá.

cion entre estos dos competidores, no era difícil para Fernando. Verdad es que Ordoño era su yerno, pero ¿cómo había llegado á serlo? Por una odiosa violencia. No podían ser muy vivas sus simpatías por Ordoño. Todo, por el contrario, lo inclinaba á Sancho; los lazos de sangre y su interés. Sancho era su sobrino, (1) contaba con Tota de Navarra la suegra de Fernando y si todavía hubiera podido vacilar, las brillantes ofertas de Sancho, hubieran vencido su indecision, pues este príncipe prometía devolverle sus bienes confiscados y el condado de Castilla. Fernan Gonzalez se declaró pues, por él, llamó sus gentes á las armas y acompañado de Sancho y de un ejército navarro marchó contra la ciudad de Leon para quitar la corona á Ordoño III. (2)

«El Eterno, dice un cronista árabe, había hecho nacer esta guerra civil á fin de dar á los Musulmanes la ocasion de conseguir victorias.» En efecto, mientras que los cristianos se mataban bajo los muros de Leon, los generales de Abderramen, triunfaban en

(1) La madre de Sancho y la esposa de Fernando, eran hermanas.

(2) Véase Sampiro, c. 25.

todas las fronteras. Cada mensajero que llegaba del Norte, traían á Córdoba la noticia de una razia feliz ó de una importante victoria. El Califa podía enseñar al pueblo multitud de campanas, de cruces y de cabezas cortadas; una vez, en el año 955, estas fueron en número de cinco mil y se decía que, otros tantos Castellanos (pues estos eran los que habían sido derrotados) habían perecido en la batalla que se dió. (1) Verdad es que, Fernan Gonzalez consiguió una victoria cerca de San Esteban de Gormaz; (2) verdad es tambien, que Ordoño III, cuando hubo rechazado, al fin, á su hermano y obligado á los Gallegos, que tambien se habían revelado, á reconocerle saqueó en represalias á Lisboa; (3) pero esto era una débil compensacion del mal que los Musulmanes habían hecho á los Cristianos, y Ordoño que temía nuevas revueltas, deseaba vivamente la paz. El año 955, envió un embajador á Córdoba para pedirla. (4) Abderramen que tambien la desea-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 233. 234, 235 y 226.

(2) Cronicón de Cardena, p. 378.

(3) Sampiro, c. 25.

(4) Ibn-Khaldun, fól 150.

ba, pues tenía intenciones de volver sus armas á otra parte, dió oído á las proposiciones de Ordoño y el año siguiente envió de embajadores á Leon, á Mohamed-ibn-Hosain y al sábio judío Hasdai-ibn-Chabrut, director general de aduanas. No fueran largas las negociaciones. Habiendo declarado Ordoño, que estaba pronto á hacer concesiones, (prometería probablemente entregar ó por lo menos arrasar algunas fortalezas) se acordaron las bases de un tratado y los embajadores volvieron á Córdoba para que el Califa lo ratificara. Aunque el tratado fuera honroso y ventajoso, Abderamen creyó que no lo era bastante, pero como ya no podía contar con el porvenir, pues era septuagenario, pensó que este negocio concernía mas bien á su hijo que á él. Consultóle, pues, y lo dejó á su decision. Haquem, que era pacífico, declaró que en su opinion debía ser ratificado y entónces lo firmó el Califa. (5) Poco tiempo despues concluyó otro con el conde Fernan Gonzalez, (6) de modo que los Musulmanes

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 237, (en lugar de «Chabrut.» como está en el manuscrito, debe leerse «Hasdai-ibn-Chabrut;» Ibn-Khaldun, fól. 15 v.

(2) Ibn-Khaldun, fól. 15 v.

no tenían ya en España mas enemigos que los Navarros.

Si Abderramen había sido esta vez más tratable que de ordinario, era porque quería volver sus armas contra los Fatimitas. El poder de estos príncipes crecía de día en día. Ardiendo en deseos de vengarse de los soberanos de Europa, que se habían regocijado de su pérdida, creyéndola segura, habían hecho sentir primero el peso de su venganza al Emperador de Constantinopla, devastando la Calabria (1) Entónces le tocó el turno á Abderramen. En 955 cuando ya, segun toda apariencia, Moezz, cuarto Califa fatimita, meditaba ya un desembarco en España, sucedió que una gran nave que Abderramen había enviado con mercancías á Alejandría, encontró en el mar un barco que venía de Sicilia, y en el que iba un correo que el gobernador de esta isla había espedido á su soberano Moezz. Esta última circunstancia, no parece haber sido desconocida al capitan del bajel andalúz, y aun es posible que Abderramen tuviera sospechas de que los despachos, de que el correo era portador, contenian un plan

(1) Véase Amari «Storia dei musulmani de Sicilia,» t. II, p. 242-248.

de ataque contra España, y que diera al capitán la orden de interceptarlos. Sea de esto lo que quiera, el capitán atacó al buque siciliano, lo tomó, lo saqueó y se apoderó de los despachos.

Moezz, tomó represalias en seguida. Por su mandato, el gobernador de Sicilia se presentó con una armada en Almería, y apresó o quemó las naves que se hallaban en el puerto. Apoderóse también de la que había suministrado un especioso pretexto para esta expedición, y que había venido justamente, de vuelta de Alejandría, de donde traía cantadoras para el Califa, y preciosas mercancías. Luego desembarcaron las tropas del Gobernador para saquear los alrededores de Almería, y hecho esto se hicieron á la mar. (1)

Abderramen respondió de una manera enérgica á este ataque. Ordenó primero, maldecir todos los días á los Fatimitas en las oraciones públicas, (2) y luego encargó á su almirante Ghalib, ir á saquear las cos-

(1) Véase Adhari, «ibid.», p. 249, 250, y los autores que cita.

(2) Ibn-Adhari; t. II, p. 237.

tas de Ifrikia. Esta expedición, sin embargo, no tuvo todo el resultado que el Califa se había prometido. Bien que los Andaluces, consiguieran algunas ventajas, al cabo fueron rechazados por las tropas que guarnecían la provincia y obligados á reembarcarse.

Hé aquí el estado en que Abderramen tenía la guerra contra los Fatimitas, en el momento en que las negociaciones con el rey de Leon se hallaban en juego. Deseando dirigir todas las fuerzas y todos los recursos del imperio contra el África, debía naturalmente querer la paz con los Cristianos del Norte, y por esta razón no se había mostrado demasiado exigente en sus condiciones.

Luego que estuvo concluida, concentró todos sus pensamientos en el África. Preparábase una gran expedición. Los obreros de los arsenales no tenían un momento de reposo; de todas partes se dirigian tropas hácia los puertos, y se alistaban millares de (1) marineros, cuando la muerte de Ordoño

(1) El nombre de Ordoño III, se halla en las cartas hasta el mes de Marzo del año 957; véase «Esp. Sagr.» t. XXXIV, p. 268. La comparación de las crónicas árabes, muestra también que la fecha en

III, que aconteció en la primavera de 957, vino de pronto á entorpecer los proyectos del Califa.

Hemos visto ántes, que Ordoño no había obtenido la paz, sino haciendo concésiones entre las que, la entrega ó la demolición de ciertas fortalezas, tenía á no dudarlo el primer término. Pues Sancho, el antiguo competidor de su hermano, que le había sucedido ahora sin obstáculos, rehusó cumplir esta cláusula del tratado. Abderramen se vió, pues, obligado á emplear contra el reino de Leon las fuerzas que hubiera querido enviar á África y dió sus órdenes en este sentido al bravo Admed ibn-Yila, gobernador de Toledo. (1) Este general salió á campaña y en el mes de Julio consiguió una gran victoria contra el rey de Leon. (2) Este triunfo era sin duda un consuelo para el Califa que no había deseado esta nueva guerra en manera alguna y que la hubiera

que los manuscritos de Sampiro fijan la muerte de este rey (955) está equivocada.

(1) Abderramen le confirió este puesto en 954; véase Ibn-al-Abbar, p. 140, y Ibn-Adhari, t. II, p. 235.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 237 últ. lín. y p. 238.

evitado de buena gana, si el honor se lo hubiera permitido. Él va á tener otro mas dulce todavía, vá á ver á sus enemigos á sus piés.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERIA DE CULTURA

IV.

«El rey Sancho, dice un autor arábigo, (1) era vano y orgulloso.» Esta frase está sin duda tomada de un escritor leonés de la época (2) y en boca de estos escritores, significa que, Sancho procuraba quebrantar el poder de la nobleza y aspiraba á restaurar la autoridad absoluta que habían disfrutado sus abuelos. De ahí el ódio que le profesaban los grandes. Al ódio se juntaba el menosprecio. Sancho había perdido las cualidades que había tenido otras veces y que

(1) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I, página 104.

(2) Sampiro dice lo mismo poco mas ó menos hablando de Ramiro III.

eran las que apreciaban mas sus súbditos. El pobre príncipe había engordado con exceso; de modo que no podía montar á caballo y que aun para andar tenía que apoyarse en alguien. (1) Había llegado pues, á ser un objeto de burla y poco á poco se comenzó á decir que era preciso deponer á este rey ridículo, á este rey inválido. Fernan Gonzalez que aspiraba al título de hacedor de reyes y que había intentado una vez, aunque con mal éxito hacer uno, fomentó el descontento de los Leoneses y lo dirigió. (2) Trámóse una conspiracion en el ejército y en un dia de la primavera del año 958, (3) echaron á Sancho del reino.

Mientras que el rey destronado se encaminaba tristemente á Pamplona, residencia de su tio García; Fernan Gonzalez y los otros grandes, se reunieron para elegir otro rey. Recayó su eleccion sobre Ordoño, cuarto de este nombre, hijo de Alfonso IV y por consiguiente primo hermano de Sancho. Na-

(1) Véase el poema de Dounach, estrofa 4 «apud» Luzzato, «Notice sur Abou-Jousouf Hasdai ibn-Schaprouit,» p. 24.

(2) Véase Ibn-Khaldun, fólio 15 v. y en mis «Recherches,» t. I, p. 105.

(3) Véase «Esp. Sagr.,» t. XXXIV, p. 269.

da, excepto su nacimiento, lo recomendaba al sufragio de los electores. Á una deformidad corporal, (era jorobado) (1) unía un carácter adulador, vil (2) y perverso, de modo que en adelante, no se le llamó mas que Ordoño el Malo; (3) pero como no había entónces ningun otro adulto en la familia real, fué preciso elegirlo y el conde de Castilla, lo casó con su hija Urraca, viuda de Ordoño III, (4) que vino á ser por segunda vez reina de Leon. (5)

En los momentos mismos en que así le nombraban sucesor, la vieja y ambiciosa Tota, que gobernaba todavía á Navarra, en nombre de su hijo, aunque este hacía mucho tiempo que se hallaba en edad de

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 201, c. 2.

(2) Véase mas adelante el relato de la Audiencia de Ordoño IV, con Haquen II.

(3) El Malo en español, «al-khabith» en árabe (véase Maccari, t. I, p. 252, c. 3.)

(4) Engañados por un interpolador de Sampiro, que ha introducido multitud de errores en la historia del reino de Leon, se ha dicho muchas veces que Ordoño III, repudió á Urraca, cuando Fernan Gonzalez se sublevó contra él. Risco «Esp. Sagr.», t. XXXIV, p. 267, 268) há probado con documentos que Urraca fué esposa de Ordoño III hasta el fin del reinado de este.

(5) Sampiro, c. 36.

reinar por sí, tomó calurosamente su partido y juró restablecerlo á toda costa. Esto no era fácil, sin embargo, porque de una parte, Sancho no tenía en su antiguo reino ningun amigo influyente y de otra, Navarra era demasiado débil para atacar por sí sola á Leon y Castilla. Tota tenía pues, que buscar un aliado y un aliado muy poderoso. Además, para que Sancho pudiera sostenerse sobre el trono una vez reconquistado, era absolutamente preciso que dejara de ser un objeto de burlas por su malhadada obesidad. Esta obesidad no era natural, provenía de una disposicion enfermiza, que un hábil médico podría sin duda hacer desaparecer; pero sólo en Córdoba, ciudad que era entónces foco de toda luz, podía esperarse encontrar semejante médico. Tambien fué en Córdoba donde Tota buscó el aliado que necesitaba. Resolvió pues, pedir al Califa un médico para curar á su nieto y un ejército, para restablecerlo en el trono. Mucho costaba sin duda, á su orgullo hacer semejante peticion, penoso le era verse obligada á implorar el auxilio de un infiel con el cual había estado en guerra, durante mas de treinta años y que apenas hacía uno que había hecho asolar sus valles y

quemar sus pueblos, (1) pero el amor de su nieto, el ardiente deseo que tenía de verlo reinar y la rabia que le produjo su vergonzosa derrota, fueron mas fuertes que su legítima repugnancia y envió embajadores á Córdoba.

Habiendo estos espuesto al Califa, el motivo de su venida, les contestó, que enviaría de buena gana un médico á Sancho y que bajo ciertas condiciones que espondría uno de sus ministros, que enviaría á Pamplona, prestaría el apoyo de sus armas al rey destronado.

Cuando lo dejaron los embajadores navarros, Abderramen hizo venir al judío Hasdai y habiéndole dado instrucciones le dió el encargo de ir á la córte de Navarra. No hubiera podido hacerse mejor eleccion. Hasdai reunía ensí, todas las cualidades necesarias para una mision semejante; hablaba muy bien la lengua de los cristianos, era á la vez médico y hombre de Estado, todo el mundo alababa su ingenio, su talento, sus conocimientos, su gran capacidad y poco tiempo ántes, un embajador venido del cen-

(1) Véase Ibn-Adhari, t. II, p. 237.

tro de Alemania, había declarado que, no había visto nunca un hombre de tanto arte. (1)

En cuanto hubo llegado á Pamplona, el judío se ganó la confianza de Sancho, encargándose de medicinarle, y prometiéndole una pronta curacion. Le dijo que en cambio del servicio que el Califa estaba pronto á prestarle, este exigía la cesion de diez fortalezas, y Sancho prometió entregárselas en cuanto estuviera restablecido en el trono. Mas esto no era todo, Hazdai tenía tambien el encargo de arreglárselas de modo que Tota fuera á Córdoba acompañada de su hijo y de su nieto. El Califa, que quería satisfacer su vanidad, y dar á su pueblo el espectáculo, hasta entónces sin ejemplo de una reina y dos reyes cristianos, que venian humildemente á postrarse á sus piés, para implorar el ayoyo de sus armas, había insistido particularmente sobre este punto, pero podía preverse que la orgullosa Tota se opondría enérgicamente á semejante exigencia. En efecto, hacer un viaje á Córdoba, era para ella un

(1) «Vita Johannis Gorziensis,» c. 121.

paso mas humillante todavía que al que se había resignado cuando entró en amistosas relaciones con su antiguo enemigo. Esta parte de la mision de Hazdai, era pues, la más delicada y la más espinosa; para hacer semejante proposicion, y sobre todo para hacerla aceptar era preciso un tacto y una habilidad de todo punto extraordinarios.

Pero Hazdai tenía reputacion de ser el hombre mas diestro de su tiempo, y la justificó. La orgullosa navarra se dejó vencer «por el encanto de sus palabras, por la fuerza de su sabiduría, por el poder de sus astucias, y de sus numerosos artificios,» para hablar como un poeta judío de la época, y creyendo que el restablecimiento de su nieto no podía obtenerse mas que á ese precio, hizo un gran esfuerzo sobre sí misma y dió al fin su consentimiento al viaje propuesto por el judío.

La España musulmana vió entónces un espectáculo singular. Seguida de multitud de grandes y de sacerdotes, la reina de Navarra, se encaminó lentamente á Córdoba con García, y el desdichado Sancho, cuya salud no estaba aun bastante mejorada, y que marchaba apoyándose en Hazdai. Si este espectáculo era grato para la vanidad

nacional de los Musulmanes, lo era tambien y acaso más todavía para el amor propio de los Judíos, porque aquel á quien era debido, era un hombre de su religion. Así que sus poetas celebraron á porfía su regreso. «¡Saludad montañas al jefe de Judá! cantaba uno de ellos, ¡que la risa aparezca en todos los lábios! ¡Que las áridas tierras y las florestas canten! ¡Que se regocije el desierto! ¡Que florezca y produzca frutos, porque viene el jefe de la Academia, porque viene con gozo y cantos! Mientras que no estaba aquí, la ciudad célebre que se dibuja con gracia, estaba silenciosa y triste; los pobres que no veían su rostro que brilla como las estrellas, estaban desolados; los soberbios dominaban sobre nosotros, nos vendían y nos compraban como esclavos, sacaban sus lenguas para engullir nuestras riquezas, rugían como leoncillos, y todos nosotros estábamos espantados, porque nuestro defensor no estaba aquí .. Dios nos lo ha dado por jefe; él le ha dado favor con el rey que lo ha nombrado príncipe, y lo ha elevado por cima de sus otros dignatarios. Cuando pasa, nadie se atreve á abrir la boca. Sin flechas y sin espadas, con su sola elocuencia ha quitado á los abominables comedores de

puerco, fortalezas y ciudades.»

Cuando la reina y los dos reyes llegaron al fin á Córdoba, el Califa les dió en su palacio de Zahra una de esas pomposas audiencias (1) que imponían á los extranjeros y que eran muy propias para dar una alta idea de su poder y de su riqueza. Era indudablemente momento gratisimo para Abderramen, aquel en que veía á sus plantas al hijo de su terrible enemigo Ramiro II, al hijo del ilustre vencedor de Simancas y de Alhandega, y á la reina, tan valiente como orgullosa, que en sus memorables batallas había mandado por sí misma sus triunfadoras tropas, pero cualquiera que fuera su íntimo sentimiento, supo disimularlos esterioresmente, y recibió á sus huéspedes con exquisita cortesía. Sancho le repitió lo que yá había dicho á Hazdai, á saber, que cedería las diez fortalezas que el Califa demandaba, y se resolvió, que mientras que el ejército árabe atacaba el reino de Leon, los Navarros invadirian á Castilla, á fin de llamar la atencion de las fuerzas de Fernan Gonzalez por esta parte. (2)

(1) Véase Maccari, t. I, p. 253, l. 3, 4, 8 y 9.

(2) Compárese con Sampiro, c. 26, el poema he-

Entre tanto, Abderramen no había perdido de vista el África. Por el contrario, había dado impulso á sus armamentos con gran actividad, y el mismo año en que la reina de Navarra llegó á Córdoba, un numeroso ejército; mandado por Ahmed-ibn-Fila, se embarcó en setenta naves. Esta expedición fué feliz, porque los Andaluces incendiaron á Mersa-al-kharez, y desbarataron los alrededores de Susa, y los de Tabarca. (1)

Algun tiempo despues marchó el ejército musulman contra el reino de Leon. Sancho lo acompañaba, Gracias á los remedios de Hazdai, se había desembarazado de su obesidad, y se hallaba ahora tan ágil y tan listo como ántes. (2) Primero, fué tomada Zamora (3) y ya en el mes de Abril del año

breo de Dounach-ben-Labrat, el de Menahem-ben Saruk («apud» Luzzatto, «Notice» etc., p. 24, 28, 29 31,) el pasaje de Ibn-Khaldun que comuniqué á M. Luzzato, y que este sábio ha impreso en su «Notice,» (p. 46, 47) y el que se encuentra en mis «Recherches,» t. I, p. 105.

(1) Ibn-Khaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. II, p. 542 de la traduccion; cf. Ibn-Adhari, t. II p. 238.

(2) Sampiro, c. 25.

(3) Ibn-Khaldun en mis «Recherches,» t. I. pág. 105.

959 la autoridad de Sancho era reconocida en gran parte del reino. (1) La capital, sin embargo, se mantenía aun por Ordoño IV, pero habiendo ido este Príncipe á refugiarse en Astúrias, (2) rindióse aquella á Sancho en la segunda mitad del año 960. (3) Habiendo recobrado así su reino, envió Sancho una embajada al Califa para darle gracias por su socorro, y escribió al mismo tiempo á sus vecinos, anunciándoles su restablecimiento en el trono. En estas cartas condenaba en los términos más enérgicos la deslealtad del Conde de Castilla. (4) Acaso este último le inspiraba todavía algunos temores, pero si es así, pronto desaparecieron, pues según lo convenido los navarros, habían invadido á Castilla, y en el mismo año 960 dieron al Conde una batalla en que tuvieron la fortuna de hacerlo prisionero. (5) Desde entónces la causa de Ordoño estaba perdida. Odiado y despreciado por

(1) «Esp. Sagr. t. XXXIV, p. 270.

(2) Sampiro, c. 26.

(3) «Esp. Sagr.» XXXIV, p. 270, 271.

(4) Ibn-Khaldun, fól. 15.

(5) «Annales Compostellani; Ibn-Khaldun, en mis «Recherches,» t. I, p. 105.

todo el mundo, no había podido sostenerse hasta entónces sino por la influencia de Fernan Gonzalez, de quien era hechura. Los Asturianos, lo arrojaron ahora de la provincia, y se sometieron á Sancho. Ordoño fué á buscar un asilo en Búrgos, (1) y ya verémos más tarde lo que se hizo de él.

Mientras esto acontecía en el Norte, el Califa, que había tenido la imprudencia de esponderse al crudo viento de Marzo, estaba ya enfermo y se temía por su vida. Sin embargo, por esta vez, los médicos lograron conjurar el peligro, y á principios de Julio, Abderramen había recobrado su salud, á punto de poder dar audiencia á los mas altos dignatarios. Pero esta curacion no era más que aparente. Sufrió una recaída y el 16 de Octubre del 961 (2) espiró á la edad de setenta años, y cuarenta y nueve de reinado.

Entre los príncipes Omeyas que reinaron en España, á Abderramen III pertenece incontestablemente el primer lugar. Encontró el imperio presa de la anarquía y de la guerra civil, desgarrado por las facciones,

(1) Sampiro, c. 26.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 239, 161.

dividido entre una multitud de señores de diferentes razas, espuesto á las continuas razias y en vísperas de ser absorbido por los Leoneses ó por los Africanos. Á despecho de innumerables obstáculos, salvó la Andalucía de sí misma y del dominio extranjero, la hizo renacer más grande y más fuerte que lo había sido nunca, y le procuró orden y prosperidad en el interior; fuera, consideracion y respeto. El tesoro público que encontró en un estado deplorable, estaba en una situación excelente. Un tercio de los ingresos del imperio, que se elevaban cada año á seis millones, doscientas cuarenta y cinco mil monedas de oro bastaba para los gastos ordinarios; otro tercio quedaba de reserva, y el tercero lo destinaba Abderramen á su escuadra. (1) Se calculaba que el año 951 tenía en sus cofres la enorme suma de veinte millones de monedas de oro, así que, un viajero hacendista asegura que Abderramen y el Hamdamita, que reinaba entonces en la Mesopotamia, eran los príncipes mas ricos de esta época. (2) El estado del país estaba en armonía

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 247.

(2) Ibn-Haucal, p. 40.

con la próspera situación del tesoro público. Agricultura, Industria, Comercio, Artes, Ciencias, todo florecía. El extranjero admiraba en todas partes, campos bien cultivados y ese sistema hidráulico ordenado con tan profunda ciencia, que hacía fértiles las tierras en apariencia más ingratas. Maravillábase el orden perfecto que gracias á una vigilante policía reinaba hasta en los distritos menos accesibles. (1) Se asombraba del bajo precio de los géneros (los más deliciosos frutos estaban casi de balde,) de la limpieza de los vestidos y sobre todo, de aquel bienestar general que permitía á todo el mundo ir á caballo, en lugar de ir á pié. (2) Numerosas y diversas industrias enriquecían á Córdoba, Almería y otras ciudades. El comercio había adquirido tal desarrollo que, según la relación del director general de aduanas, los derechos de importación y exportación constituían la parte principal de los ingresos del Estado. (3) Córdoba con su medio millón de habi-

(1) Véase Ibn-Hauca, p. 38, 42.

(2) Ibn-Hauca, p. 38. 41.

(3) Véase la carta de Hasdai al rey de los Khazaros, en Carmoly «Des Khozars au X.º siècle,» página 37.

tantes, sus tres mil mezquitas, sus soberbios palacios, sus ciento trece mil casas, sus trecientos baños y sus veintiocho arrabales (1) no cedía en estension, ni en riqueza mas que á Bagdad, ciudad con la cual sus habitantes gustaban de compararla. Su fama llegaba hasta el fondo de la Germania: la religiosa sajona Hroswitha, que se hizo célebre en la primera mitad del siglo X por sus poemas y sus dramas latinos, la llamaban ornamento del mundo. (2) No menos admirable la rival que Abderramen la dió. Habiéndole legado una gran fortuna una de sus concubinas, el monarca quiso emplear este dinero para rescatar prisioneros de guerra, pero habiendo recorrido sus empleados los reinos de Leon y Navarra sin encontrar ninguno, le dijo su favorita Zahra: «Emplead ese dinero en edificar una ciudad y ponedla mi nombre.» Esta idea agradó al Califá que, como casi todos los grandes príncipes, era aficionado á edificar y en el mes de Noviembre del año 936, hizo echar á una legua al Norte de Córdoba los cimien-

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 247 248.

(2) Hroswitha, «Passio S. Pelagii.»

tos de una ciudad que había de llevar el nombre de Zahra. Nada se perdonó para hacerla todo lo más magnífica posible. Durante veinticinco años, diez mil obreros que disponían de mil quinientas bestias de carga, se habían ocupado en edificarla y sin embargo, aun no estaba concluida á la muerte de su fundador. Una prima de cuatrocientos dirhemes que el Califa había prometido á todo el que viniera á establecerse allí atrajo multitud de habitantes. El palacio califal, donde se hallaban reunidas todas las maravillas de Oriente y Occidente, era de colosal estension; baste decir que en el harem había seis mil mugeres. (1)

El poder de Abderramen era formidable. Una soberbia marina le permitía disputar á los Fatimitas, el imperio del Mediterraneo y le garantizaba la posesion de Céuta, llave de la Mauritania. Un ejército numeroso y bien disciplinado, acaso el mejor del mundo, (2) le daba preponderancia sobre los Cristianos del Norte. Los monarcas mas altivos solicitaban su alianza.

(1) Ibn-Haucal, p. 40; Ibn-Adhari, t. II, p. 246, 247; Maccari, t. I, p. 344, 346; 370 y sig.

(2) Compárese «Vita Johan Gorz,» c. 135.

El emperador de Constantinopla, los reyes de Alemania, de Italia y de Francia le enviaban embajadores.

Eran ciertamente grandes resultados, pero lo que escita la admiracion y el asombro cuando se estudia este glorioso reinado, no es tanto la obra como el obrero; es el poder de esa inteligencia universal á que nadase le escapaba y que se mostraba no menos admirable en los menores detalles que en las mas altas concepciones. Este hombre delicado y sagáz que centraliza, que funda la unidad de la nacion y la del poder, que con sus alianzas establece una especie de equilibrio político y que con amplia tolerancia llama á sus consejos hombres de otra religion, es mas bien un rey de los tiempos modernos que un califa de la edad media.

V.

Apesar de los grandes servicios que Abderramen III les había hecho, las córtes de Leon y de Pamplona no se afligieron por su muerte; por el contrario, vieron en ella el medio de eludir los tratados y de librarse de la proteccion musulmana de que comenzaban á cansarse, desde que ya no necesitaban. Y en efecto, la ocasion parecía propicia para no cumplir lo que se habian visto obligados á prometer. El sucesor de Abderramen, Haquem II, pasaba por pacífico; acaso se pensaba que no insistiría mucho en la ejecucion de un tratado concluido por su padre, y en todo caso era preciso

ver si eran tan dichoso en la guerra como aquel lo había sido.

Haquen pudo bien pronto apercibirse de las intenciones de sus vecinos. Sancho, á quien había requerido para que entregara al fin las fortalezas estipuladas en el tratado, hallaba toda especie de razones para dejar este asunto para más adelante, (1) García, á quien había pedido que le entregara su prisionero Fernan Gonzalez, rehusaba acceder á esta demanda, (2) y lo que es más, le devolvió la libertad, despues de haberle hecho prometer que rompería con su yerno Ordoño IV. Fernan Gonzalez cumplió su promesa. Por su orden, Ordoño, que se encontraba todavía en Búrgos, fué separado violentamente de su mujer y de sus dos hijas, y trasladado bajo buena escolta á territorio musulman. (3) Luego, Fernan Gonzalez, que no estaba ligado por ningun tratado como el rey de Navarra y el de Leon, comenzó de nuevo las hostilidades contra los Árabes de modo, que en el mes de Febrero de 962, Haquen se vió obligado á escribir á

(1) Véase Maccari p. 254, c. 9 y 10.

(2) Ibn-Khaldun, en mis «Recherches,» t. I, p. 105.

(3) Sampiro, c. 26.

sus generales y á sus gobernadores que se dispusieran á entrar en campaña. (1)

En este entretanto, Ordoño el Malo había llegado á Médinaceli acompañado de veinte señores, únicos que le habían permanecido leales. Vió en esta ciudad los preparativos que se hacían para la expedición, y esta circunstancia reanimó sus esperanzas en lo porvenir. Lo mismo que su primo había recobrado el trono, gracias al apoyo de Abderramen, esperaba recobrarlo á su vez con el socorro de Haquen. Así que declaró á Ghalib, gobernador de Médinaceli, su deseo de ir á Córdoba á fin de implorar la protección del monarca. Ghalib consultó á Haquen sobre lo que debería responderle. El Califa, á quien no le parecía mal tener en su mano un pretendiente, pero que no quería comprometerse definitivamente todavía, mandó responderle que podía llevar á Ordoño á Córdoba, pero que no debía hacerle promesa alguna. Partió, pues, Galib para Córdoba acompañado de Ordoño y su comitiva. En el camino se encontró un destacamento de caballería que

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 250.